



GRAN
ANGULAR

¿Estás ahí?

JORGE GÓMEZ SOTO





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en **www.fundacion-sm.org**

LITERATURAS**SM**•COM

Primera edición: abril de 2020

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Paloma Muiña
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Eduardo Nacarino

© del texto: Jorge Gómez Soto, 2020

© Ediciones SM, 2001, 2020

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-1318-308-4

Depósito legal: M-35152-2019

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Marcos y Rubén,
de vuestro padre.*

El mensaje le llegó a las tres y media de la madrugada anunciado por dos pitidos y un resplandor de la pantalla que hizo renacer su cuarto. Dudó si merecía la pena moverse. Serían más palabras de condolencia, similares a las recibidas en los últimos dos días, que también relegaría al olvido. Sin girar la cabeza, alargó el brazo hacia la mesilla. Palpó todo lo que había sobre ella hasta que dio con su móvil.

Lara, cariño, ¿estás ahí?

El mensaje la golpeó con violencia. Aunque seguía tumbada en la cama, un vértigo de caída libre nació en su estómago. Tensó los labios, como para evitar que algo se le escapase por la boca.

Tras un buen rato con la mirada perdida, su cabeza luchó por devolverla a ese momento y a ese lugar. Se enfrentó de nuevo al móvil. No podía estar pasando. Respiró hondo. Necesitaba un hilo de serenidad y un mínimo de fuerza. Entró en los contactos de la agenda. Se detuvo unos instantes en el nombre de Nacho y acercó la yema a la pantalla, como para llamar, pero era más un juego que una intención real. Una broma de mal gusto que se gastaba a ella misma. Humor negro. Muy negro.

Al fin, llamó a quien en realidad quería llamar, a su mejor amigo, a su único amigo.

Tardó en cogerlo.

—¿Adán?

Él emitió un sonido gutural que, aunque no se podía asociar a ninguna palabra, denotaba disgusto. No eran horas.

—No sabes lo que me acaba de pasar —le dijo, agitada.

Escuchó un «no» susurrado.

—Necesito contártelo en persona, que lo veas. —Sus palabras sonaban más a imposición que a ruego.

Él se mantuvo en silencio.

–¿Adán?

Por un instante, temió que no hubiese terminado de despertarse.

–Laaara... –dijo Adán lentamente, como si le costase recordar el nombre.

–¿Qué? –preguntó ella con impaciencia.

No se lo podía creer, ¿iba a negarse a venir? El día que lo necesitaba de verdad, la ignoraba. Se daba media vuelta y seguía durmiendo...

–Tranquila, voy para allá –dijo por fin Adán.

Lara trató de sonreír sin éxito después de colgar.

Casi lo consiguió veinticinco minutos después, cuando sonaron los tres timbres que había repartidos por su casa, certificando que Adán había cumplido su palabra. Ya estaba en la entrada de la urbanización. Lara no se movió de la cama y desde allí vio aparecer, tras la puerta, la cara ojerosa y asustada de la tía Marga.

–Hay un chico que pregunta por ti. Seguridad quiere saber si le abrimos.

Se acercó hasta la cama de Lara con la tableta conectada a la imagen que ofrecía la cámara de la calle.

–Es Adán –le aclaró en un tono despreocupado, como si recibir una visita a las cuatro de la madrugada fuese algo habitual.

–Pero...

–Le he pedido que viniese.

La tía Marga miró con lástima a Lara. Llevaba más de un día metida entre esas sábanas. Se dormía a ratos muy cortos y gritaba en medio de alguna pesadilla. Quizá no era tan insólito que hubiese llamado a su amigo.

–¿Quieres ir a abrirle tú? –fue su intento por que se levantara.

Lara negó con la cabeza. La tía Marga pulsó una zona de la pantalla y habló hacia el micrófono:

–Permítale pasar.

Abandonó el cuarto.

Poco después, Lara oyó abrirse y cerrarse diferentes puertas de su casa, cada vez más cercanas. Por último, en el pasillo, la voz de tía Marga diciendo «es aquí» y la de Adán dando las gracias.

La puerta de su cuarto empezó a girar despacio, contagiada por la inseguridad de la mano que la empujaba. La silueta de Adán, bien proporcionada, se fue desvelando en el marco de la puerta.

Era una sombra compacta contra la pared iluminada del pasillo. Su pelo estaba rematado por el enorme remolino que su almohada habría modelado durante la noche. El chico debía de haber salido tan rápido de su casa que ni se había mirado en el espejo.

La prisa que Adán se había dado, evidenciada por su pelo y el poco tiempo transcurrido desde su llamada, hizo sentir a Lara un bienestar olvidado. Se aovilló en la cama, como para impregnar las sábanas de esa sensación. Adán permanecía junto a la puerta, confuso, paralizado por el temor a decir o hacer algo inapropiado. Lara no podía ver su rostro a contraluz. Sacó su mano izquierda de debajo de la sábana y dio dos palmadas en la cama, haciendo un hueco junto a ella.

–Ven.

Adán dio tres pasos, pero se detuvo de nuevo, en medio de la penumbra de ese cuarto tan grande, de esa noche tan imprevisible y del torbellino de dolor que desprendía Lara y que llenaba el aire.

Ella volvió a palmear la cama.

–Necesito alguien a mi lado. Te necesito a ti. Tengo miedo.

Su voz, por primera vez aquella noche, fue de súplica desgarrada.

Adán dio los pasos que le faltaban hasta la cama, se quitó los zapatos y se sentó a su lado. Tenía los ojos hinchados aún por el sueño. Lara observó el relieve de su cara, como un paisaje nocturno, familiar. Levantó una mano hacia él y trató de amansar el encrespamiento de su pelo con la misma suerte que cuando intentaba detener las olas del mar.

Lara rodó hacia el otro lado de la cama. Cogió el móvil de la mesilla y se lo acercó a Adán.

–Mira quién me acaba de mandar este mensaje.

Adán leyó las afectuosas palabras (Lara, cariño, ¿estás ahí?) con inquietud y Lara adivinó, por el cambio de su gesto, el momento exacto en el que descubría que el mensaje había sido enviado por su padre.

Un mensaje mucho más que inesperado.

Un mensaje imposible.

Raymond había muerto dos días antes.

Lara permanecía inclinada hacia Adán. Su expresión corporal y, sobre todo, sus ojos suplicaban una explicación. «Piensa por mí, Adán», parecían rogarle, «piensa por mí, por favor». Adán tomó el teléfono, salió de todas las aplicaciones y volvió a entrar en la agenda. En el contacto *Papá* no se veía nada raro.

—¿No será uno de esos mensajes que se pierden un tiempo, no se sabe dónde, y que llegan con retraso? —aventuró Adán, sin ninguna convicción—. A mí me ha pasado alguna vez.

A la mitad de la pregunta, Lara ya estaba negando con la cabeza.

—¿Con cuánto retraso llegan esos mensajes? Minutos, horas o, como mucho, un par de días. Y tú sabes cómo ha pasado mi padre estos últimos dos meses. Ya no estaba aquí. No habría sido capaz de enviar un mensaje, ni siquiera de pedir a alguien que lo hiciera por él.

Lara intentaba que la lluvia de recuerdos dolorosos no empapase su ánimo. La mente de Adán trabajaba a pleno rendimiento, como si estuviese descansada. No tardó mucho tiempo en preguntar algo que, en circunstancias normales, cualquiera se habría cuestionado nada más recibir el mensaje.

—¿Dónde está el móvil de tu padre?

—Aquí, en casa, junto con todo lo que íbamos trayendo del hospital a medida que...

—Tráelo —Adán le ahorró terminar la frase.

Lara se incorporó casi de un salto y encendió la luz de su cuarto.

Hasta que no estuvo en el pasillo, no fue consciente de que se había levantado de la cama. Si se hubiese parado a pensarlo, no lo habría hecho. Se habría dejado aplastar por la sensación de que nada merecía la pena y habría permanecido entre las sábanas hecha un ovillo. Quizá fuese el momento de hacer las cosas sin pensar.

Oyó movimiento en el salón: la tía Marga no habría vuelto a la cama. Entró en la habitación de su padre (¿por cuánto tiempo seguiría siendo la habitación de su padre?): una mezcla de despacho, biblioteca y taller. Caminó deprisa, con la mirada clavada en el suelo para evitar un encontronazo con alguna foto o algún recuerdo que desbaratase la precaria estabilidad que la sostenía. Llegó al armario que cubría la pared de la izquierda y se agachó. Abrió el cajón en el que habían acumulado los objetos personales que su padre había ido dejando de necesitar a medida que avanzaba la enfermedad: el peine, el reloj, las gafas, el móvil... Cogió este último y abandonó la habitación como una ladrona miedosa.

Cuando regresó a su cuarto, encontró a Adán sentado en la cama, casi en la misma posición en la que lo había dejado, pero mirando a su alrededor. Al sentir la proximidad de Lara, dibujó un círculo en el aire con el dedo, señalando toda la habitación.

–Cama, armarios, pantallote, aparatos de gimnasia, mesa, sofás, estanterías... A tu cuarto solo le falta una cocina y un baño para ser una vivienda independiente.

Lara cayó en la cuenta de que Adán nunca antes había estado allí. Siempre que había venido a buscarla, le había hecho esperar en la calle, como a todo el mundo. Su padre le había inculcado muy bien que no podía meter en casa a cualquiera. Por seguridad.

–Mi cuarto es mi casa dentro de mi casa –dijo de forma mecánica, porque era algo que había pensado en numerosas ocasiones.

De pronto, el teléfono de Raymond captó la atención de los dos sin sonar ni vibrar ni emitir ningún destello, con su simple presencia. Ella lo levantó hasta la altura de sus ojos y ambos observaron que estaba apagado. Pulsó varias teclas en el frontal y en los laterales, presionó distintas zonas de la pantalla, pero no le quedaba batería ni para un amago de encendido. Por un lado, era lógico que se hubiese agotado, pues lo habían traído del hospital hacía más de dos meses; pero por otro, ¿cómo era posible que hubiese salido un mensaje de un teléfono apagado... muerto?

Lara se acercó hasta la zona en la que tenía la pantalla enorme colgada de la pared, entre dos bafles alargados. A sus pies había una mesa baja en la que no cabía nada más: cables, varios mandos a distancia, un teclado y un ratón, dos videoconsolas con sus res-

pectivos mandos, una tableta, discos duros externos, memorias USB, folios, bolígrafos, un refresco al que ya no le quedaba gas... Ella era ordenada. Pero ella no era ella últimamente.

Buscó entre la maraña de cables hasta que encontró un cargador apropiado para ese móvil. El rayo que indicaba la carga se hizo visible y Lara lo encendió de inmediato. Cuando solicitó el pin, Adán miró hacia otro lado antes de que Lara se lo pidiese. Tecleó 4431, que eran, convertidas en los números más parecidos, las dos vocales de su nombre y las dos primeras de su apellido: AA EI. Lara Meister.

Ambos unieron sus cabezas frente a la pantalla, que se llenó con formas de diferentes colores en movimiento. Al mismo tiempo, comenzó a sonar el tono de encendido, una melodía sencilla y alegre que ella misma le había cambiado meses atrás. Lara se lo pasó a Adán, casi se lo tiró a las manos. Cualquier recuerdo, por simple que fuese, le resultaba insoportable.

—Voy a buscar en los mensajes enviados, por si estuviera.

Adán pinchó en el icono. Aunque ambos podían leer lo que aparecía en la pantalla sin ningún problema, se acercaron más al móvil de forma instintiva. Ni rastro del mensaje. Hacía casi tres meses del último mensaje salido de aquel aparato. Un mensaje también dirigido a Lara:

Lara, cariño, hoy me encuentro mejor. Ve a ese cumpleaños. Ten mucho cuidado. Papá.

Lara apartó la mano de Adán que sostenía el móvil. Separó los ojos de la pantalla, donde seguía el último mensaje (¿el último?) que le había enviado su padre y que avivó un recuerdo desgarrador. Otro. Llevaba tiempo aplastada, pero no dejaban de añadirse cargas sobre ella.

—¿No habrá sido tu tía? —preguntó Adán con mucha cautela.

Lara trató de abandonar el recuerdo de la última noche que había visto a Nacho.

—La tía Marga... —susurró Lara.

Al ver que no le había molestado la insinuación, Adán siguió tirando de ese hilo:

—¿No hay nadie más en la casa?

—No.

—¿Nadie del servicio?

—No.

–Y tú no has sido la que te has enviado el mensaje a ti misma, ¿verdad?

Lara le replicó con un gesto contundente que no dejaba lugar a dudas.

Adán levantó las manos y las abrió, como si estuviese mostrando un producto que, pese a ser invisible, había que comprar.

–Pues no hay más. Me parece que era Sherlock Holmes el que decía que una vez descartado lo imposible, lo que quede, por improbable que parezca, debe ser la verdad.

Lara necesitó unos segundos para rumiar lo que Adán acababa de decir. Ella no lo veía tan claro.

–Quizá no debemos descartar lo imposible.

De pronto, Adán la miró entre sorprendido, enternecido y preocupado por su comentario. Lara admitía la posibilidad de que su padre, no se sabía cómo, se lo hubiese enviado.

–Espero que no estés pensando lo que creo que estás pensando –le dijo–. En momentos tan duros nos queremos agarrar a lo que sea, nos negamos a aceptar la desaparición absoluta de...

Lara negó de forma vehemente con la cabeza y con las dos manos. Casi con violencia. No. ¡No! Aunque ni ella misma supiese en realidad qué estaba pensando, no quería que Adán siguiese acercándola al epicentro de su dolor. Intentó escapar volviendo al punto anterior a su comentario. Restaurar el sistema.

–La tía Marga... –repitió para sí misma.

Todo apuntaba en la misma dirección. Le resultaba difícil creer que hubiese hecho algo así, pero Adán tenía razón: no podía ser otra persona. ¿Y por qué, para qué? Se asomó al pasillo y, sin pensarlo, llamó en voz alta a la tía Marga varias veces hasta que oyó a lo lejos:

–Un minuto, Lara.

Adán apareció frente a ella.

–¿Qué le vas a decir?

De pronto, una pregunta tan simple la abrumó.

–No lo sé –reconoció.

Su primera idea, la que la había lanzado hasta el pasillo para llamar a la tía Marga, fue decírselo todo: «Me ha llegado este mensaje, me lo has mandado tú, ¿por qué?». Pero no sabía si era lo correcto. Sonaba un poco brusco. Se le escapaba qué le habría movido a hacerlo: ¿cariño, necesidad, locura...?, y ese desconocimiento le impedía actuar con claridad.

–¿Qué hago? –apremió a Adán.

–Puedes no decirle nada e inventarte un motivo por el que la has hecho venir. O enseñarle el mensaje sin darle más explicaciones, para ver por dónde sale.

–¿Tú qué harías? –preguntó Lara mirando hacia la puerta.

Adán resopló, se encogió de hombros, pero sabía que Lara necesitaba algo más.

–No sé. Es posible que yo no dijera nada para evitar una situación tensa o extraña tan pocos días después de... ya sabes.

La tía Marga apareció antes de que hubiese tomado una decisión. El sufrimiento acumulado no había hecho desaparecer del todo su belleza, sencilla, sobria. A Lara siempre le había llamado la atención que, aunque ninguno de sus rasgos destacase de forma individual, nada en ella parecía poder mejorarse. Cada cosa estaba donde y como tenía que estar. Una armonía envidiable.

Ambas cruzaron una mirada larga y parecieron reconocerse plenamente en la otra. Las penas de una y de otra corrieron a encontrarse y abrazarse. El dilema sin resolver de Lara quedó disuelto. Como si nunca hubiera existido ninguna duda. Necesitaba compartir el mensaje recibido con la tía Marga. Le daba igual si debía o no hacerlo. Le daba igual quién lo hubiese escrito. Le daba igual si era el momento oportuno...

–Tengo que enseñarte algo –le dijo.

Movió el aparato para indicarle que ahí estaba lo que quería que viese. La tía Marga comenzó a acercarse, pero en un punto del trayecto miró a Adán y su paso se interrumpió un instante, como si hubiese tropezado con sus propios pensamientos; luego siguió hasta donde se encontraba Lara. Fue una vacilación tan breve que costaba saber si en realidad había ocurrido.

Hombro con hombro, leyeron el mensaje.

Una sonrisa amagó con asomar a la boca de la tía Marga. Lara estaba convencida de que iba a confesar en ese momento que había sido ella quien se lo había mandado. Y todo iba a resultar de lo más natural.

–Es maravilloso –dijo la tía Marga, mirando la pantalla embelesada–. Ray se ha comunicado contigo.

Lara y Adán asintieron y sonrieron hasta que se dieron cuenta de lo que acababan de escuchar.

–Pero, tía Marga, ¿cómo va a ser de mi padre este mensaje?

—¿De quién, si no?

Lara estuvo a punto de responderle: «¡Tuyo!», pero se contuvo porque en el fondo la entendía. Necesitaba entenderla. La tía Marga podía pensar que no era el momento de confesarlo; de ahí que hubiese dudado al mirar a Adán. O quizá le había mandado aquel mensaje en un instante de enajenación que ni siquiera recordaba. Incluso barajó la idea de que la tía Marga tuviese la razón un poco dañada.

—Será de papá —concedió Lara.

—Pero cómo va a ser... —empezó a decir Adán, pero Lara lo calló con un gesto y dio por terminada la conversación.

—Gracias, tía Marga. Necesitaba compartirlo contigo.

La tía Marga sonrió y añadió:

—Él siempre cuidará de ti.

Luego se fue tan silenciosamente como había venido.

En ese momento, Lara sintió que las fuerzas la abandonaban otra vez. Levantarse, moverse, hablar, pensar... volvían a ser objetivos inalcanzables.

—¿A qué ha venido eso? —dijo Adán—. Sabes tan bien como yo que es imposible que tu padre...

—Déjalo —musitó Lara—. Por favor.

Luego le indicó con un gesto que se tumbara en la cama. Ella se metió por el otro lado y serpenteó entre las sábanas hasta que el propio cuerpo de su amigo no le permitió avanzar más. Notó su calor y su estremecimiento. Se abrazó a él hasta casi hacerle daño.

El sueño, desaparecido durante los dos últimos días, cayó de pronto sobre ella como un piano de cola desde lo alto de un edificio.

No se soltó de él en toda la noche. Tampoco permaneció mucho tiempo quieta. Murmuraba, se agitaba, meneaba la cabeza y pronunciaba palabras ininteligibles o trozos de frases inconexas. A veces tensaba el cuerpo hasta el límite de parecer a punto de despertarse, pero se volvía a relajar. La intensidad con que abrazaba a Adán también iba desde la flacidez producida por el propio peso de los brazos hasta una fuerza inusitada. En una ocasión, llegó a clavarle las uñas.

Adán habría dado cualquier cosa por haber podido introducirse en sus pesadillas. Aparecer de forma inesperada por una arista de su sueño en ese instante en que la angustia es tan inso-

portable que la única opción que uno tiene para no morir es despertar. Y sorprenderla, y rescatarla del sufrimiento para llevarla de la mano a un lugar más apacible.

—¿Dónde estás? —fue el grito con el que Lara se despertó sobresaltada a la mañana siguiente.

El cuerpo de Adán se sacudió entre sus brazos del susto. Ella se incorporó y miró en todas las direcciones, como buscando a alguien que al parecer no había podido atravesar el umbral de los sueños con ella.

Volvió a tumbarse, a apoyar su cabeza en la zona ahuecada y caliente de la almohada. El roce de su mejilla con la tela fue la primera sensación del todo real que percibió. Poco a poco, fue recomponiendo el mundo, aterrizando despacio en ese extraño amanecer. Los ojos de Adán estaban a un palmo de los suyos. No parecía recién despertado.

—¿Sorprendida de encontrarme aquí? —preguntó con gesto de preocupación, casi anticipando el dolor que le podría producir la respuesta de ella.

Su temor inspiraba ternura. Lara sonrió con una triste placidez y le dio un beso cerca de los labios.

—Encantada de encontrarte aquí.

Toda la tensión de Adán se escapó a través de una sonrisa.

—¿Has dormido algo? —le preguntó Lara.

—Poco —reconoció.

—Lo siento.

—La que necesitaba descansar eras tú.

Lara, cariño, hoy me encuentro mejor. Ve a ese cumpleaños. Ten mucho cuidado. Papá.

Hacía más de dos meses del mensaje. No mucho tiempo. Aunque Lara recordaba el preciso momento en que lo había recibido y todo lo que había llegado a sentir aquella noche, le parecía algo ocurrido a otra persona. Alguien con un padre, gravemente enfermo, pero padre aún. Alguien con una relación sentimental envenenada. Alguien con un poco más de vida que ella en esos instantes.

El mensaje la pilló en su cuarto a media tarde, cuando se disponía a ir al hospital, en chándal. Había aprendido con el tiempo que debía llevar la ropa más cómoda y el menor número posible de complementos. Las noches junto a la camilla de su padre ya eran suficientemente duras como para estar preocupada por no clavarse hebillas, cinturones, pulseras, pendientes o collares.

Lo leyó varias veces y siguió mirando la pantalla incluso después de apagarla. Con ese mensaje, su padre la liberaba de pasar la noche en el hospital. Aunque decía que se encontraba mejor, Lara sabía que empeoraba sin remedio. Cualquier mejoría era solo una ilusión producida por su propia mente o por algún nuevo medicamento paliativo.

Dudaba.

Al fin, posó el móvil en la mesilla. Se quitó el chándal y empezó a arreglarse sin muchas ganas. Poco antes de terminar, la tía Marga llamó a la puerta de su cuarto, esperó varios segundos y entró. Llevaba puesto el abrigo y sujetaba el agarrador de su mochila con ruedas como si fuese el puño de un bastón. Antes de que abriese la boca, Lara ya sabía lo que venía a decirle.

—Voy a pasar la noche en el hospital. Me ha dicho Ray que tenías un cumpleaños.